

Poemas

Rubén Darío



Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

www.luarna.com

PRÓLOGO

En una mañana fría y húmeda llegué por primera vez al inmenso país de los Estados Unidos. Iba el *steamer* despacio, y la sirena aullaba roncamente por temor de un choque. Quedaba atrás Fire Island con su erecto faro; estábamos frente a Sandy Hook, de donde nos salió al paso el barco de sanidad. El ladrante slang yanqui sonaba por todas partes, bajo el pabellón de bandas y estrellas. El viento frío, los pitos aromadizados, el humo de las chimeneas, el movimiento de las máquinas, las mismas ondas ventrudas de aquel mar estañado, el vapor que caminaba rumbo a la gran bahía, todo decía: *all right*. Entre las brumas se divisaban islas y barcos. Long Island desarrollaba la inmensa cinta de sus costas, y Staten Island, como en el marco de una viñeta, se presentaba en su hermosura, tentando al lápiz, ya que no, por falta de sol, a la máquina fotográfica. Sobre cubierta se agrupan los pasajeros: el comerciante de gruesa

panza, congestionado como un pavo, con encorvadas narices israelitas; el clergyman huesoso, enfundado en su largo levitón negro, cubierto con su ancho sombrero de fieltro, y en la mano una pequeña Biblia; la muchacha que usa gorra de jockey, y que durante toda la travesía ha cantado con voz fonográfica, al són de un banjo; el joven robusto, lampiño como un bebé, y que, aficionado al box, tiene los puños de tal modo, que bien pudiera desquijarrar un rinoceronte de un solo impulso... En los Narrows se alcanza a ver la tierra pintoresca y florida, las fortalezas. Luego, levantando sobre su cabeza la antorcha simbólica, queda a un lado la gigantesca Madona de la Libertad, que tiene por peana un islote. De mi alma brota entonces la salutación:

«A ti, prolífica, enorme, dominadora. A ti, Nuestra Señora de la Libertad. A ti, cuyas mamas de bronce alimentan un sinnúmero de almas y corazones. A ti, que te alzas solitaria y

magnífica sobre tu isla, levantando la divina antorcha. Yo te saludo al paso de mi *steamer*, prosternándome delante de tu majestad. ¡Ave: Good morning! Yo sé, divino icono, ¡oh, magna estatua!, que tu solo nombre, el de la excelsa beldad que encarnas, ha hecho brotar estrellas sobre el mundo, a la manera del *fiat* del Señor. Allí están entre todas, brillantes sobre las listas de la bandera, las que iluminan el vuelo del águila de América, de esta tu América formidable, de ojos azules. Ave, Libertad, llena de fuerza; el Señor es contigo: bendita tú eres. Pero, ¿sabes?, se te ha herido mucho por el mundo, divinidad, manchando tu esplendor. Anda en la tierra otra que ha usurpado tu nombre, y que, en vez de la antorcha, lleva la tea. Aquélla no es la Diana sagrada de las incomparables flechas: es Hécate.»

Hecha mi salutación, mi vista contempla la masa enorme que está al frente, aquella tierra coronada de torres, aquella región de donde casi

sentís que viene un soplo subyugador y terrible: Manhattan, la isla de hierro, Nueva York, la sanguínea, la ciclópea, la monstruosa, la tormentosa, la irresistible capital del cheque. Rodeada de islas menores, tiene cerca a Jersey; y agarrada a Brooklyn con la uña enorme del puente, Brooklyn, que tiene sobre el palpitante pecho de acero un ramillete de campanarios.

Se cree oír la voz de Nueva York, el eco de un vasto soliloquio de cifras. ¡Cuán distinta de la voz de París, cuando uno cree escucharla, al acercarse, halagadora como una canción de amor, de poesía y de juventud! Sobre el suelo de Manhattan parece que va a verse surgir de pronto un colosal Tío Samuel, que llama a los pueblos todos a un inaudito remate, y que el martillo del rematador cae sobre cúpulas y techumbres produciendo un ensordecedor trueno metálico. Antes de entrar al corazón del monstruo, recuerdo la ciudad, que vio en el poema bárbaro el vidente Thogorma:

Thogorma dans ses yeux vit monter des murailles de fer dont s'enroulaient des spirales des tours et des palais cerclés d'arain sur des blocs lourds; ruche énorme, géhenne aux lúgubres entrailles où s'engouffraint les Forts, princes des anciens jours.

Semejantes a los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal, los hombres de Manhattan.

En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna electoral. El edificio Produce Exchange, entre sus muros de hierro y granito, reúne tantas almas cuantas hacen un pueblo... He allí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa; sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal, cuyos lados los forman casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrio y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres-sandwichs vesti-

dos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la inmensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas. Reina la vida del hormiguero: un hormiguero de percherones gigantescos, de carros monstruosos, de toda clase de vehículos. El vendedor de periódicos, rosado y risueño, salta como un gorrión, de tranvía en tranvía, y grita al pasajero *¡intanrsooonwood!*, lo que quiere decir, si gustáis comprar cualquiera de esos tres diarios, el *Evening Telegram*, el *Sun* o el *World*. El ruido es mareador y se siente en el aire una trepidación incesante; el repiqueteo de los cascos, el vuelo sonoro de las ruedas, parece a cada instante aumentarse. Temeríase a cada momento un choque, un fracaso, si no se conociese que este inmenso río que corre con una fuerza de alud, lleva en sus ondas la exactitud de una máquina. En lo más intrincado de la muchedumbre, en lo más convulsivo y crespado de la ola en movimiento, sucede que una lady anciana, bajo su capota negra, o una miss rubia,

o una nodriza con su bebé, quiere pasar de una acera a otra. Un corpulento policeman alza la mano; detiéndose el torrente; pasa la dama; ¡all right!

«Esos cíclopes...», dice Groussac; «esos feroces calibanes...», escribe Peladan. ¿Tuvo razón el raro Sar al llamar así a estos hombres de la América del Norte? Calibán reina en la isla de Manhattan, en San Francisco, en Boston, en Washington, en todo el país. Ha conseguido establecer el imperio de la materia desde su estado misterioso con Edison, hasta la apoteosis del puerco, en esa abrumadora ciudad de Chicago. Calibán se satura de wishky, como en el drama de Shakespeare de vino; se desarrolla y crece; y sin ser esclavo de ningún Próspero, ni martirizado por ningún genio del aire, engorda y se multiplica. Su nombre es Legión. Por voluntad de Dios suele brotar de entre esos poderosos monstruos algún sér de superior naturaleza, que tiende las alas a la eterna Miranda de

lo ideal. Entonces, Calibán mueve contra él a Sycorax, y se le destierra o se le mata. Esto vio el mundo con Edgar Allan Poe, el cisne desdichado que mejor ha conocido el ensueño y la muerte...

¿Por qué vino tu imagen a mi memoria, Stella, alma, dulce reina mía, tan presto ida para siempre, el día en que, después de recorrer el hirviente Broadway, me puse a leer los versos de Poe, cuyo nombre de Edgar, armonioso y legendario, encierra tan vaga y triste poesía, y he visto desfilar la procesión de sus castas enamoradas a través del polvo de plata de un místico ensueño? Es porque tu eres hermana de las liliales vírgenes, cantadas en brumosa lengua inglesa por el soñador infeliz, príncipe de los poetas malditos. Tú como ellas eres llama del infinito amor. Frente al balcón, vestido de rosas blancas, por donde en el Paraíso asoma tu faz de generosos y profundos ojos, pasan tus hermanas y te saludan con una sonrisa, en la

maravilla de tu virtud, ¡oh, mi ángel consolador; oh, mi esposa! La primera que pasa es Irene, la dama brillante de palidez extraña, venida de allá, de los marea lejanos; la segunda es Eulalia, la dulce Eulalia, de cabellos de oro y ojos de violeta, que dirige al Cielo su mirada; la tercera es Leonora, llamada así por los ángeles, joven y radiosa en el Edén distante; la otra es Francés, la amada que calma las penas con su recuerdo; la otra es Ulalume, cuya sombra yerra en la nebulosa región de Weir, cerca del sombrío lago de Auber; la otra Helen, la que fué vista por la primera vez a la luz de perla de la Luna; la otra Annie, la de los ósculos y las caricias y oraciones por el adorado; la otra Annabel Lee, que amó con un amor envidia de los serafines del Cielo; la otra Isabel, la de los amantes coloquios en la claridad lunar; Ligeia, en fin, meditabunda, envuelta en un velo de extraterrestre esplendor... Ellas son, cándido coro de ideales oceánidos, quienes consuelan y enjugan la frente al lírico Prometeo amarrado a

la montaña Yankee, cuyo cuervo, más cruel aun que el buitre esquiliano, sentado sobre el busto de Palas, tortura el corazón del desdichado, apuñaleándole con la monótona palabra de la desesperanza. Así tú para mí. En medio de los martirios de la vida, me refrescas y alientas con el aire de tus alas, porque si partiste en tu forma humana al viaje sin retorno, siento la venida de tu sér inmortal, cuando las fuerzas me faltan o cuando el dolor tiende hacia mí el negro arco. Entonces, Alma, Stella, oigo sonar cerca de mí el oro invisible de tu escudo angélico. Tu nombre luminoso y simbólico surge en el cielo de mis noches como un incomparable guía, y por claridad inefable llevo el incienso y la mirra a la cuna de la eterna Esperanza.

EL HOMBRE

La influencia de Poe en el arte universal ha sido suficientemente honda y trascendente para que su nombre y su obra no sean a la continua

recordados. Desde su muerte acá, no hay año casi en que, ya en el libro o en la revista, no se ocupen del excelso poeta americano, críticos, ensayistas y poetas. La obra de Ingram iluminó la vida del hombre; nada puede aumentar la gloria del soñador maravilloso. Por cierto que la publicación de aquel libro, cuya traducción a nuestra lengua hay que agradecer al Sr. Mayer, estaba destinada al grueso público.

¿Es que en el número de los escogidos, de los aristócratas del espíritu, no estaba ya pesado en su propio valor, el odioso fárrago del canino Griswold? La infame autopsia moral que se hizo del ilustre difunto debía tener esa bella protesta. Ha de ver ya el mundo libre de mancha al cisne inmaculado.

Poe, como un Ariel hecho hombre, diríase que ha pasado su vida bajo el flotante influjo de un extraño misterio. Nacido en un país de vida práctica y material, la influencia del medio obra en él al contrario. De un país de cálculo brota

imaginación tan estupenda. El dón mitológico parece nacer en él por lejano atavismo, y vese en su poesía un claro rayo del país del sol y azul en que nacieron sus antepasados. Renace en él el alma caballeresca de los Le Poer alabados en las crónicas de Generaldo Gambresio. Arnoldo Le Poer lanza en la Irlanda de 1327 este terrible insulto al caballero Mauricio de Desmond: «Sois un rimador.» Por lo cual se empuñan las espadas y se traba una riña, que es el prólogo de guerra sangrienta.

Cinco siglos después, un descendiente del provocativo Arnoldo, glorificará a su raza, erigiendo sobre el rico pedestal de la lengua inglesa, y en un nuevo mundo, el palacio de oro de sus rimas.

El noble abolengo de Poe; ciertamente, no interesa sino a «aquellos que tienen gusto de averiguar los efectos producidos por el país y el linaje en las peculiaridades mentales y constitucionales de los hombres de genio» según las

palabras de la noble Sra. Whitman. Por lo demás, es él quien hoy da valer y honra a todos los pastores protestantes, tenderos, rentistas o mercachifles que llevan su apellido en la tierra del honorable padre de su patria Jorge Washington.

Sábese que en el linaje del poeta hubo un bravo sir Rogerio, que batalló en compañía de Strongbow, un osado, sir Arnoldo, que defendió a una *lady*, acusada de bruja; una mujer heroica y viril, la célebre *Condesa* del tiempo de Cromwell; y pasado sobre enredos genealógicos antiguos, un General de los Estados Unidos, su abuelo. Después de todo, ese sér trágico, de historia tan extraña y romancesca, dio su primer vagido entre las coronas marchitas de una comedianta, la cual le dio vida bajo el imperio del más ardiente amor. La pobre artista había quedado huérfana desde muy tierna edad. Amaba el teatro, era inteligente y bella, y

de esa dulce gracia nació el pálido y melancólico visionario que dio al arte un mundo nuevo.

Poe nació con el envidiable dón de la belleza corporal. De todos los retratos que he visto suyos, ninguno da idea de aquella especial hermosura que en descripciones han dejado muchas de las personas que le conocieron. No hay duda que en toda la iconografía poeana, el retrato que debe representarle mejor es el que sirvió a Mr. Clarke para publicar un grabado que copiaba al poeta en el tiempo en que éste trabajaba en la empresa de aquel caballero. El mismo Clarke protestó contra los falsos retratos de Poe, que después de su muerte publicaron. Si no tanto como los que calumniaron su hermosa alma poética, los que desfiguran la belleza de su rostro son dignos de la más justa censura. De todos los retratos que han llegado a mis manos, los que más me han llamado la atención son el de Chiffart, publicado en la edición ilustrada de Quantin, de los *Cuentos extra-*

ordinarios, y el grabado por R. Loncup, para la traducción del libro de Ingram por Mayer. En ambos, Poe ha llegado ya a la edad madura. No es, por cierto, aquel gallardo jovencito sensitivo que al conocer a Elena Stannard, quedó trémulo y sin voz como el Dante de la *Vita Nuova*...

Es el hombre que ha sufrido ya, que conoce por sus propias desgarradas carnes cómo hieren las asperezas de la vida. En el primero, el artista parece haber querido hacer una cabeza simbólica. En los ojos, casi ornitomorfos, en el aire, en la expresión trágica del rostro, Chiffart ha intentado pintar al autor del *Cuervo*, al visionario, al *unhappy Master*, más que al hombre. En el segundo hay más realidad: esa mirada triste, de tristeza contagiosa, esa boca apretada, ese vago gesto de dolor y esa frente ancha y magnífica en donde se entronizó la palidez fatal del sufrimiento, pintan al desgraciado en sus días de mayor infortunio, quizá en los que precedieron a su muerte. Los otros retratos, como el de Hal-

pin para la edición de Amstrong, nos dan ya tipos de lechuguinos de la época, ya caras que nada tienen que ver con la cabeza bella e inteligente de que habla Clark. Nada más cierto que la observación de Gautier:

«Es raro que un poeta, dice, que un artista sea conocido bajo su primer encantador aspecto. La reputación no le viene, sino muy tarde, cuando ya las fatigas del estudio, la lucha por la vida y las torturas de las pasiones han alterado su fisonomía primitiva; apenas deja sino una máscara usada, marchita, donde cada dolor ha puesto por estigma una magulladura o una arruga.»

Desde niño, Poe «prometía una gran belleza.»

Sus compañeros de colegio hablan de su agilidad y robustez. Su imaginación y su temperamento nervioso estaban contrapesados por la fuerza de sus músculos. El amable y delicado ángel de poesía sabía dar excelentes puñetazos.

Más tarde dirá de él una buena señora: «Era un muchacho bonito.»

Cuando entra a West Point hace notar en él un colega, Mr. Gibson, su «mirada cansada, tediosa y hastiada.» Ya en su edad viril, recuérdale el bibliófilo Gowans: «Poe tenía un exterior notablemente agradable y que predisponía en su favor: lo que las damas llamarían claramente bello.» Una persona que le oye recitar en Boston, dice: «Era la mejor realización de un poeta, en su fisonomía, aire y manera.» Un precioso retrato es hecho de mano femenina: «Una talla algo menos que de altura mediana, quizá, pero tan perfectamente proporcionada y coronada por una cabeza tan noble, llevada tan regiamente, que, a mi juicio de muchacha, causaba la impresión de una estatura dominante. Esos claros y melancólicos ojos parecían mirar desde una eminencia....». Otra dama recuerda la extraña impresión de sus ojos: «Los ojos de Poe, en verdad, eran el rasgo que más impresionaba,

y era a ellos a los que su cara debía su atractivo peculiar. Jamás he visto otros ojos que en algo se le parecieran. Eran grandes, con pestañas largas y un negro de azabache: el iris acero gris, poseía una cristalina claridad y transparencia, a través de la cual la pupila negra azabache se veía expandirse y contraerse, con toda sombra de pensamiento o de emoción. Observé que los párpados jamás se contraían, como es tan usual en la mayor parte de las personas, principalmente cuando hablan; pero su mirada siempre era llena, abierta y sin encogimiento ni emoción. Su expresión habitual era soñadora y triste: algunas veces tenía un modo de dirigir una mirada ligera, de soslayo, sobre alguna persona que no le observaba a él, y, con una mirada tranquila y fija, parecía que mentalmente estaba midiendo el calibre de la persona que estaba ajena de ello.—¡Qué ojos tan tremendos tiene el señor Poe!—me dijo una señora. Me hace helar la sangre el verle darse vuelta lentamente y fijarlos sobre mí cuando estoy hablando».

La misma agrega: «Usaba un bigote negro, esmeradamente cuidado, pero que no cubría completamente una expresión ligeramente contraída de la boca y una tensión ocasional del labio superior, que se asemejaba a una expresión de mofa. Esta mofa era fácilmente excitada y se manifestaba por un movimiento del labio, apenas perceptible, y sin embargo, intensamente expresivo. No había en ella nada de malevolencia, pero sí mucho sarcasmo». Sábese, pues, que aquella alma potente y extraña estaba encerrada en hermoso vaso. Parece que la distinción y dotes físicas deberían ser nativas en todos los portadores de la lira. ¿Apolo, el crinado numen lírico, no es el prototipo de la belleza viril? Mas no todos sus hijos nacen con dote tan espléndido. Los privilegiados se llaman Goethe, Byron, Lamartine, Poe.

Nuestro poeta, por su organización vigorosa y cultivada, pudo resistir esa terrible dolencia que un médico escritor llama con gran propie-

dad «la enfermedad del ensueño». Era un sublime apasionado, un nervioso, uno de esos divinos semilocos necesarios para el progreso humano, lamentables cristos del arte, que por amor al eterno ideal tienen su calle de la amargura, sus espinas y su cruz. Nació con la adorable llama de la poesía, y ella le alimentaba al propio tiempo que era su martirio. Desde niño quedó huérfano y le recogió un hombre que jamás podría conocer el valor intelectual de su hijo adoptivo. El Sr. Allan—cuyo nombre pasará al porvenir al brillo del nombre del poeta—jamás pudo imaginarse que el pobre muchacho recitador de versos que alegraba las veladas de su *home*, fuese más tarde un egregio príncipe del Arte. En Poe reina el *ensueño* desde la niñez. Cuando el viaje de su protector le lleva a Londres, la escuela del dómine Brondeby es para él como un lugar fantástico que despierta en su sér extrañas reminiscencias; después, en la fuerza de su genio, el recuerdo de aquella morada y del viejo profesor han de hacerle

producir una de sus subyugadoras páginas. Por una parte, posee en su fuerte cerebro la facultad musical; por otra, la fuerza matemática. Su *ensueño* está poblado de quimeras y de cifras como la carta de un astrólogo. Vuelto a América, vémosle en la escuela de Clarke, en Richmond, en donde al mismo tiempo que se nutre de clásicos y recita odas latinas, boxea y llega a ser algo como un *champion* estudiantil; en la carrera hubiera dejado atrás a Atalanta, y aspiraba a los lauros natatorios de Byron. Pero si brilla y descuella intelectual y físicamente entre sus compañeros, los hijos de familia de la fofa aristocracia del lugar miran por encima del hombro al hijo de la cómica. ¿Cuánta no ha de haber sido la hiel que tuvo que devorar este sér exquisito, humillado por un origen del cual en días posteriores habría orgullosamente de gloriarse? Son esos primeros golpes los que empezaron a cincelar el pliegue amargo y sarcástico de sus labios. Desde muy temprano conoció las asechanzas del lobo racional. Por eso buscaba la

comunicación con la Naturaleza, tan sana y fortalecedora. «Odio, sobre todo, y detesto este animal que se llama Hombre», escribía Swift a Poe. Poe, a su vez, habla «de la mezquina amistad y de la fidelidad de polvillo de fruta (gossamer fidelity) del mero hombre». Ya en el libro de Job, *Eliphaz Themanita*, exclama: «¿Cuánto más el hombre abominable y vil que bebe como la inquietud?».

No buscó el lírico americano el apoyo de la oración; no era creyente, o, al menos, su alma estaba alejada del misticismo. A lo cual da por razón James Russell Lowell lo que podría llamarse la matematicidad de su cerebración. «Hasta su misterio es matemático para su propio espíritu». La Ciencia impide al poeta penetrar y tender las alas en la atmósfera de las verdades ideales. Su necesidad de análisis, la condición algebraica de su fantasía, hácele producir tristísimos efectos cuando nos arrastra al borde de lo desconocido. La especulación fi-

losófica nubló en él la fe, que debiera poseer como todo poeta verdadero. En todas sus obras, si mal no recuerdo, sólo unas dos veces está escrito el nombre de Cristo. Profesaba, sí, la moral cristiana; y en cuanto a los destinos del hombre, creía en una ley divina, en un fallo inexorable. En él la ecuación dominaba a la creencia, y aun en lo referente a Dios y sus tributos, pensaba con Spinoza que las cosas invisibles y todo lo que es objeto del entendimiento no puede percibirse de otro modo que por los ojos de la demostración; olvidando la profunda afirmación filosófica: *Intellectus noster sic ¿de habet? ad prima entium quæ sunt manifestissima in natura, sicut oculus vespertillionis ad solem*. No creía en lo sobrenatural, según confesión propia; pero afirmaba que Dios, como Creador de la Naturaleza, puede, si quiere, modificarla. En la narración de la metempsícosis de Ligeia hay una definición de Dios, tomada de Granwill, que parece ser sustentada por Poe: Dios no es más que una gran voluntad que penetra todas

las cosas por la naturaleza de su intensidad. Lo cual estaba ya dicho por Santo Tomás en estas palabras: «Si las cosas mismas no determinan el fin para sí, porque desconocen la razón del fin, es necesario que se les determine el fin por otro que sea determinante de la Naturaleza. Este es el que previene todas las cosas, que es sér por sí mismo necesario, y a éste llamamos Dios...» En la *Revelación Magnética*, a vuelta de divagaciones filosóficas, Mr. Vankirk—que, como casi todos los personajes de Poe, es Poe mismo—afirma la existencia de un Dios material, al cual llama materia suprema e imparticulada. Pero agrega: «La materia imparticulada, o sea Dios en estado de reposo, es en lo que entra en nuestra comprensión, lo que los hombres llaman espíritu». En el diálogo entre Oinos y Agathos pretende sondear el misterio de la divina inteligencia; así como en los de Monos y Una y de Eros y Charmion penetra en la desconocida sombra de la Muerte, produciendo, como po-

cos, extraños vislumbres en su concepción del espíritu en el espacio y en el tiempo.

Rubén Darío.

POEMAS

ANNABEL LEE

Hace ya bastantes años, en un reino más allá de la mar vivía una niña que podéis conocer

con el nombre de Annabel Lee. Esa niña vivía sin ningún otro pensamiento que amarme y ser amada por mí.

—

Yo era un niño y ella era una niña en ese reino más allá de la mar; pero Annabel Lee y yo nos amábamos con un amor que era más

que el amor; un amor tan poderoso que los serafines del cielo nos envidiaban, a ella y a mí.

—

Y esa fué la razón por la cual, hace ya bastante

tiempo, en ese reino más allá de la mar un soplo descendió de una nube, y heló a mi

bella Annabel Lee; de suerte que sus padres
vinieron y se la llevaron lejos de mí para en-
cerrarla
en un sepulcro, en ese reino más allá de
la mar.

—

Los ángeles que en el cielo no se sentían ni
la mitad de lo felices que éramos nosotros,
nos
envidiaban nuestra alegría a ella y a mí. He
ahí
porque (como cada uno lo sabe en ese reino
más allá de la mar) un soplo descendió des-
de
la noche de una nube, helando a mi Annabel
Lee.

—

Pero nuestro amor era más fuerte que el
amor de aquellos que nos aventajan en edad
y en saber, y ni los ángeles del cielo ni los
demonios
de los abismos de la mar podrán separar

jamás mi alma del alma de la bella Annabel
Lee.

—

Porque la luna jamás resplandece sin traer-
me
recuerdos de la bella Annabel Lee; y cuando
las estrellas se levantan, creo ver brillar los
ojos de la bella Annabel Lee; y así paso lar-
gas
noches tendido al lado de mi querida,—mi
querida, mi vida y mi compañera,—que
está acostada en su sepulcro más allá de la
mar,
en su tumba, al borde de la mar quejumbro-
sa.
1849.

A MI MADRE
(Soneto)

Porque siento que allá arriba, en el cielo, los
ángeles que se hablan dulcemente al oído,
no
pueden encontrar entre sus radiantes pala-
bras
de amor una expresión más ferviente que la
de
«madre», he ahí por qué, desde hace largo
tiempo os llamo con ese nombre querido, a ti
que eres para mí más que una madre y que
llenáis el santuario de mi corazón en el que
la
muerte os ha instalado, al libertar el alma de
mi Virginia. Mi madre, mi propia madre,
que
murió en buena hora, no era sino mi madre.
Pero vos fuisteis la madre de aquella que
quise
tan tiernamente, y por eso mismo me sois

más querida que la madre que conocí, más
querida que todo, lo mismo que mi mujer
era
más amada por mi alma que lo que esta
misma
amaba su propia vida.

PARA ANNIE

¡Gracias a Dios! la crisis, el mal ha pasado y la lánguida enfermedad ha desaparecido por fin, y la fiebre llamada «vivir» está vencida.

Tristemente, sé que estoy desposeído de mi fuerza, y no muevo un músculo mientras estoy tendido, todo a lo largo. Pero, ¿qué importa? Siento que voy mejor paulatinamente.

Y reposo tan tranquilamente, en el presente, en mi lecho, que a contemplarme se me creería muerto, y podría estremecer al que me viera, creyéndome muerto.

Las lamentaciones y los gemidos, los suspiros y las lágrimas son apaciguadas entre tanto por esta horrible palpitación de mi corazón;

¡ah, esta horrible palpitación!

La incomodidad,—el disgusto—el cruel sufrimiento—han cesado con la fiebre que enloquecía mi cerebro, con la fiebre llamada «vivir» que consumía mi cerebro.

Y de todos los tormentos, aquel que más tortura ha cesado: el terrible tormento de la sed por la corriente oscura de una pasión maldita.

He bebido de un agua que apaga toda sed.

He bebido de un agua que corre con sonido arrullador, de una fuente subterránea pero poco profunda, de una caverna que no está muy lejos, bajo tierra.

¡Ah! que no sea dicho jamás: mi cuarto está oscuro, mi lecho es estrecho; porque

jamás ningún hombre durmió en lecho
igual—y
para dormir verdaderamente, es en un
lecho como éste en el que hay que acostarse.



Mi alma tantalizada reposa dulcemente
aquí,
olvidando, sin recordarlas jamás, sus rosas,
sus
antiguas ansias de mirtos y de rosas.



Pues ahora, mientras reposa tan tranquila-
mente,
imagina a su alrededor, una más santa
fragancia de pensamientos, una fragancia de
romero mezclado a pensamientos, a sabor
callejero
y al de los bellos y rígidos pensamientos.



Y así yace ella, dichosamente sumergida
en recuerdos perennes de la constancia y de
la

belleza de Annie, anegada en un beso a las
trenzas
de Annie.

Tiernamente me abraza, apasionadamente
me acaricia. Y entonces caigo dulcemente
adormecido sobre su seno, profundamente
adormido
del cielo de su seno.

Y así reposo tan tranquilamente en mi le-
cho—conociendo
su amor—que me creéis muerto.
Y así reposo, tan serenamente en mi lecho,—
con
su amor en mi corazón,—que me creéis
muerto, que os estremecéis al verme,
creyéndome
muerto.

Pero mi corazón es más brillante que todas
las estrellas del cielo, porque brilla para An-

nie,
abrasado por la luz del amor de mi Annie,
por
el recuerdo de los bellos ojos luminosos de
mi
Annie....
1849.

ELDORADO

Brillantemente ataviado, un galante caballero,
viajó largo tiempo al sol y a la sombra,
cantando su canción, a la busca del Eldorado.

Pero llegó a viejo, el animoso caballero, y
sobre su corazón cayó la noche porque en
ninguna
parte encontró la tierra del Eldorado.

Y al fin, cuando le faltaron las fuerzas, pudo
hallar una sombra peregrina.—Sombra,—le
preguntó—¿dónde podría estar esa tierra del
Eldorado?

—«Más allá de las montañas de la Luna, en
el fondo del valle de las sombras; cabalgad,
cabalgad sin descanso—respondió la som-

bra,—si
buscáis el Eldorado....».
1849.

EULALIA

Vivía sólo en un mundo de lamentaciones y
mi alma era una onda estancada, hasta que
la bella y dulce Eulalia llegó a ser mi pudo-
rosa

compañera, hasta que la joven Eulalia, la de
los cabellos de oro, llegó a ser mi sonriente
compañera.

¡Ah! las estrellas de la noche brillan bastante
menos que los ojos de esa radiante niña!

Y jamás girón de vapor emergido en un iri-
sado

claro de luna, podrá compararse al bucle
más

descuidado de la modesta Eulalia, podrá
compararse al bucle más humilde y más
descuidado

de Eulalia, la de los brillantes ojos!

La duda y la pena no me invaden jamás,
ahora, porque su alma me entrega suspiro
por

suspiro. Y durante todo el día, Astarté res-
plandece

brillante y fuerte en el cielo, en tanto que
siempre hacia ella, mi querida Eulalia, levanta

sus ojos de esposa, en tanto que siempre
hacia

ella mi joven Eulalia eleva sus bellos ojos
violetas!...

1845.

UN ENSUEÑO EN UN ENSUEÑO

Recibid este beso en la frente. Y ahora que os dejo, permitidme por lo menos confesar esto:

no os agraviéis, vos que estimáis que mis días

han sido un ensueño. Entretanto, si la esperanza

se ha ido, en una noche o en un día, en una visión o en un sueño, ¿se ha ido menos

por eso? Todo lo que vemos o nos parece, no es sino un ensueño en un ensueño!

Me encuentro en medio de los bramidos de una costa atormentada por la resaca, y tengo en la mano granos de arena de oro. ¡Cuán poco es! ¡Y cómo se deslizan a través de mis dedos hacia el abismo, mientras lloro, mientras

lloro! ¡Dios mío, ¿no puedo retenerlos en un

nudo más seguro? ¡Dios mío!, ¿no podré salvar uno solo del cruel vacío? ¿Todo lo que vemos o nos parece no es otra cosa que un ensueño en un ensueño?

1849.

LA CIUDAD EN EL MAR

¡Ved! La Muerte se ha erigido un trono,
en una extraña ciudad que se levanta, solita-
ria,
muy lejos, en el sombrío occidente, donde
los buenos y los malos, los peores y los me-
jores
han ido hacia la paz eterna. Allí los templos,
los palacios y las torres—torres carcomidas
por el tiempo, y que no tiemblan nunca,—no
se parecen en nada a las nuestras. A su alre-
dedor,
olvidadas por los vientos que no las agitan
jamás resignadas bajo los cielos, reposan las
aguas melancólicas.

Desde el cielo sagrado, ningún rayo des-
ciende
en la negra noche de esa ciudad; pero un
resplandor
reflejado por la lívida mar, invade las

torres, brilla silenciosamente sobre las almenas,
a lo hondo y a lo largo, sobre las cúpulas,
sobre
las cimas, sobre los palacios reales, sobre los
templos, sobre las murallas babilónicas, sobre
la soledad sombría y desde largo tiempo
abandonada,
de los macizos de hiedra esculpida y
de flores de piedra—sobre tanto y tanto
templo
maravilloso en cuyos frisos contorneados se
entrelazan claveles, violetas y viñas.



Bajo el cielo, resignadas, reposan las aguas
melancólicas. Las torres y las sombras se
confunden
de tal modo que todo parece suspendido
en el aire, mientras que desde una torre
orgullosa, la Muerte como un espectro gi-

gante,
contempla la ciudad que yace a sus pies.

—

Allá los templos abiertos y las tumbas sin lo-
sa

bostezan al nivel de las aguas luminosas; pe-
ro

ni las riquezas que se muestran en los ojos
adiamantados de cada ídolo, ni los cadáve-
res

con sus rientes adornos de joyas, quitan a las
aguas de su lecho; ninguna ondulación
arruga,

¡ay de mí! todo ese vasto desierto de cristal;
ninguna ola indica que los vientos puedan
existir sobre otros mares lejanos y más feli-
ces;

ninguna ola, ninguna ola deja suponer que
han

existido vientos sobre mares menos horro-
ramente
serenos.

Pero, he ahí que un estremecimiento agita
el aire. Una onda, un movimiento se ha pro-
ducido,

allá abajo. Se diría que las torres se han
bamboleado y se hunden, dulcemente, en la
onda taciturna, como si las cimas hubieran
producido un ligero vacío en el cielo brumo-
so.

Entonces las ondas tienen una luz más roja,
las horas transcurren sordas y lánguidas. Y
cuando en medio de gemidos que no tengan
nada de terrestres, esta ciudad sea engullida
por fin y profundamente fijada bajo la mar,
todavía, levantándose sobre sus mil tronos,
el

Infierno le rendirá homenaje.

1845.

LA DURMIENTE



En el mes de Junio, a media noche me encuentro

bajo la mística luna. Un oscuro vapor de opio y de rocío se exhala de su halo de oro, y dulcemente, filtrando por la cumbre tranquila

de la montaña, resbala perezosa y armoniosamente

por el valle universal. El romero se adormece sobre la tumba, el lis se inclina hacia

la onda. Envolviéndose en la bruma se hunde en el reposo. Ved, como parecido al Leteo, el lago parece adormecerse a sabiendas

y por nada del mundo quisiera despertar. Toda belleza duerme. Y ved donde reposa—su

ventana abierta a los cielos,—Irene, con sus destinos.



¡Oh brillante princesa! ¿por qué dejar esa
ventana abierta a la noche? Los espíritus ju-
guetones,
desde lo alto de los árboles se filtran
a través de la persiana. Los seres incorpóre-
os,
turba de magos, revolotean a través de la
cámara
y hacen flotar las cortinas del dosel, tan
fantásticamente, tan tímidamente, por enci-
ma
de tu párpado cerrado y franjeado,—bajo el
cual
se esconde tu alma adormecida—que sobre
el piso, al pie del muro, sus sombras se le-
vantán
y descienden como una ronda de fantasmas.



Querida niña, ¿no tienes miedo? ¿Por qué,
y con qué sueñas? Has venido, ciertamente,
de

mares muy lejanos; ¿no eres una maravilla
para
los árboles de ese jardín? Extraña es tu pali-
dez,
extraño tu vestido, extraña sobre todo, la
longitud de tus cabellos, y todo este silencio
solemne.

¡Ella duerme! ¡Oh! puede que su sueño sea
tan profundo como durable!; ¡que el cielo la
tenga en su santa guardia! ¡Que esta cámara
sea transformada en una más melancólica y
yo
rogaré a Dios que la deje dormir para siem-
pre,
los ojos cerrados, mientras que a su alrede-
dor
errarán los fantasmas de oscuros velos!

Mi amor: ¡ella duerme! ¡Que su sueño eterno
pueda ser profundo! ¡Que los gusanos se
deslicen

dulcemente a su alrededor! ¡Que en el fondo
del bosque viejo y sombrío, alguna gran
tumba pueda abrirse para ella, alguna gran
tumba que haya cerrado otras veces como
alas
sus negros «panneaux» triunfantes, por en-
cima
de los estandartes funerarios bordados con
las armas de su ilustre familia;—alguna
tumba
lejana y aislada contra la portada de la cual
ella haya en su infancia lanzado tantas pie-
dras
ociosas;—algún sepulcro cuya puerta sonora
no le devuelva jamás nuevos ecos, a ella, po-
bre
hija del pecado, que en otro tiempo se es-
tremecía
al pensamiento de que fueran los muertos
quienes le respondiesen gimiendo!
1845.

BALADA NUPCIAL

El anillo está en mi dedo y la corona sobre mi frente; he aquí que poseo rasos y joyas en abundancia, y en el presente instante soy feliz.

Y mi Señor me ama bien; pero la primera vez que pronunció su voto sentí estremecerse mi pecho, porque sus palabras sonaron como un toque de agonía y su voz se parecía a la de aquel que cayó durante la batalla en el fondo del valle, y que es dichoso ahora.

Pero habló de modo de tranquilizarme y besó mi frente pálida. Entonces un delirio vino y me transportó en espíritu al cementerio. Y

pensando que mi Señor era el difunto Elormie,
suspiré por él que estaba delante de mi: ¡oh
yo soy dichosa ahora!

Así fueron pronunciadas las palabras, y así
fué empeñado el juramento. Y aunque mi fe
se haya apagado, y aunque mi corazón lle-
gue
a quebrarse, he ahí la dorada prenda que
prueba
que soy dichosa siempre.

¡Quiera Dios que pueda despertar! Porque
sueño no sé cómo. Y mi alma se agita dolo-
rosamente
en el temor de haber hecho mal, en
el temor de llegar a saber que el muerto
abandonado
no es feliz ahora.
1845.

EL COLISEO

¡Símbolo de la Roma antigua! ¡Suntuoso relicario

de sublimes contemplaciones legadas al tiempo por difuntos siglos de pompa y de poderío!!

Al fin, después de tantos días de fatigante peregrinaje y de ardiente sed,—sed de corrientes

de la ciencia que yace en ti,—yo, hombre transformado, me arrodillo humildemente entre

tus sombras y bebo del fondo mismo de mi alma tu grandeza, tu tristeza y tu gloria.

¡Inmensidad, y edad, y recuerdos de antes! Silencio y desolación y profunda noche! Os percibo ahora y os siento en toda vuestra fuerza.

¡Oh sortilegios más eficaces que aquellos que el rey de Judea enseñó en los jardines de

Gethsemaní!

¡Oh encantos más poderosos que los
que la Caldea encantada arrancó jamás a las
tranquilas estrellas!



Aquí, en donde cayó un héroe, cae una co-
lumna!

Aquí, en donde el águila teatral brillaba,
cubierta de oro, el oscuro murciélago
hace su aquelarre de media noche. Aquí, en
donde la cabellera dorada de las damas ro-
manas

flotaba al viento, se balancean ahora el
cardo y la caña. Aquí, en donde el monarca
se inclinaba sobre su trono de oro, el ágil y
silencioso lagarto se desliza como un espec-
tro

hacia su casa de mármol, al pálido resplan-
dor
del creciente lunar.



Pero, oíd. Esos muros, esas arcadas revesti-
das
de hiedra, esos zócalos musgosos, esas co-
lumnas
ennegrecidas, esos vagos relieves, esos
frisos ruinosos, esas cornisas rotas, ese nau-
fragio,
esa ruina, esas piedras grises, ¡ay! ¿es
esto todo lo que queda de famoso y de colo-
sal?

¿es esto todo lo que las horas corrosivas han
perdonado, todo lo que ellos nos han dejado
al
Destino y a mi?

—

«No. No es todo,—me responden los ecos,—
no
es todo. Voces fuertes y proféticas se levantan
para siempre en nosotros y en toda ruina
a la intención de los sabios, parecidas a los
himnos de Memnon al Sol! Reinamos en los

corazones de los hombres más poderosos;
reinamos
con despótico imperio sobre todas las
almas gigantes. No somos impotentes noso-
tras,
pálidas piedras. Todo nuestro poderío
no ha desaparecido,—ni toda nuestra glo-
ria,—ni
todo el prestigio de nuestro alto renombre,
ni todo lo maravilloso que nos circunda, ni
todos los misterios que moran en noso-
tros,—ni
todos los recuerdos que se prenden en nues-
tros
flancos como un vestido, envolviéndonos
con un manto que es más que la gloria!
1833.

EL GUSANO VENCEDOR

¡Ved!; es noche de gala en estos últimos
años solitarios. Una multitud de ángeles
alados,
adornados con velos y anegados en lágrimas,
se halla reunida en un teatro para contemplar
un drama de esperanzas y de temores mientras
la orquesta suspira por intervalos la música
de
las esferas.

Actores creados a la imagen del Altísimo,
murmuran en voz baja y saltan de un lado al
otro; pobres fantoches que van y vienen a
órdenes
de vastas creaturas informes que cambian
la decoración a su capricho, sacudiendo con

sus
alas de cóndor a la invisible desgracia.

—

Este drama abigarrado—estad seguro que
no será olvidado,—con su fantasma perse-
guido
siempre por una muchedumbre que no pue-
de
atraparlo, en un círculo que gira siempre so-
bre
sí mismo y vuelve sin cesar al mismo punto;
ese drama en el cual forman el alma de la in-
triga
mucho locura y todavía más pecado y
horror!....

—

Pero ved, a través de la bulla de los actores
como una forma rampante hace su entrada!
Una cosa roja, color sanguinolento viene re-
torciéndose
de la parte solitaria de la escena.
¡Cómo se retuerce! Con mortales angustias

los actores constituyen su presa, y los ánge-
les
sollozan viendo esas mandíbulas de gusano
teñirse en sangre humana.



Todas las luces se apagan, todas, todas.
Sobre cada forma todavía tiritante, el telón,
como un paño mortuorio, desciende con un
ruido
de tempestad. Y los ángeles, todos pálidos
y macilentos se levantan y cubriéndose
afirman
que ese drama es una tragedia que se
llama «El Hombre» de la cual el héroe es el
Gusano Vencedor....!
1838.

A ELENA

Elena, tu belleza es para mí como esas barcas
niceanas de otro tiempo que sobre una mar
profunda llevaban dulcemente al viajero,
cansado,
hacia su ribera natal.

Largo tiempo habituado a errar sobre mares
desesperados, tu cabellera de jacinto, tu
clásico
perfil, tus cantos de náyade me han trans-
portado
al corazón de aquella gloria que fué la
Grecia, de aquella grandeza que fué Roma.

¡Oh! allá abajo, en la espléndida abertura
de esa ventana, como eres parecida a una es-
tatua,
de pie, tu lámpara de ágata en la mano.
¡Oh Psiquis, tu que me has llegado de esas

regiones
que son la Tierra Bendita!....
1831.

A LA CIENCIA

Soneto



¡Oh Ciencia! tu eres la verdadera hija del
viejo tiempo, tu, cuya mirada indiscreta
transforma

todas las cosas! ¿Por qué haces tu presa
del corazón del poeta, oh buitre, cuyas alas
son

las sombrías realidades? ¿Cómo podría él
amarte? Como te creería sabia si no has
querido dejarlo vagar en sus ensueños en
busca

de tesoros en el seno de los cielos constela-
dos,
por más de que hasta allí subiera con ala in-
trépida?

¿No has arrancado Diana a su carro,
y obligado a las hamadriadas de la selva a
buscar

un asilo en alguna otra estrella más feliz?
¿No has sacado a la náyade de su ola, al elfo

de
su pradera verde y a mí mismo no me has
arrebatado
mi sueño estival bajo los tamarindos?
1829.

A LA SEÑORITA * * *

—

¿Qué me importa si mi suerte terrestre no encierra en mí mismo más que una pequeña cosa de esta tierra? ¿qué me importa si años de amor son olvidados en un momento de odio?

—

No lloro en forma alguna porque los desolados

sean más dichosos que yo, pequeña, sino porque veo que os afligís por el destino de éste

que no es sino un transeúnte sobre la tierra...

1829.

A LA SEÑORITA * * *

—
Las umbrías bajo las cuales veo, en mis en-
sueños,
los más traviesos pájaros cantores, son
labios; y toda la melodía de tu voz no es
hecha
sino por palabras creadas por tus labios.

—
De tus ojos, engastados en el santuario celes-
te
de tu corazón, caen las miradas desoladas
ahora, ¡oh Dios!, sobre mi espíritu fúnebre,
como la luz de una estrella sobre un sudario.

—
¡Tu corazón, tu corazón! Me despierto y
suspiro y vuelvo a dormirme para ensoñar
hasta el día de la verdad, que el oro,—capaz
de
tantas locuras,—no podrá jamás comprar.
1829.

AL RÍO

¡Bello río! en tu clara y brillante onda de cristal, agua vagabunda, eres un emblema del esplendor de la belleza, un emblema del corazón que no se esconde ahora, un emblema de la alegre fantasía de arte en casa de la hija del viejo Alberto.

Pero mientras ella mira en tu corriente,—que resplandece y tiembla, ¿por qué el más hermoso de todos ríos recuerda a uno de sus adoradores? Es porque en su corazón como en tu onda, su imagen está profundamente grabada; en su corazón que tiembla bajo el brillo de sus ojos que buscan el alma!

1829.

CANCIÓN

Te vi en tu día nupcial, cuando un intenso
pudor invadía tu frente, aunque todo fuera
alegría alrededor de ti y que, delante tuyo,
no
fuera el mundo sino Amor.

En la vivificante luz que brillaba en tus
ojos,—haya
sido cual haya sido su esencia,—encontré
todo lo que mi mirada dolorosa pudo hallar
de encantador sobre la tierra.

Ese pudor no era, quizá, sino pudor virgi-
nal—pudo
muy bien pasar por tal,—aunque su esplendor
haya hecho nacer una llama más impetuosa
todavía en el seno de aquel que, ¡pobre de él!
te vio en tu día nupcial, cuando tu frente se
cubría de ese rubor invencible, a pesar de

que
estuvieras rodeada de dicha y que el mundo
no fuera sino amor ante ti!

1827.

LOS ESPÍRITUS DE LOS MUERTOS

Tu alma se encontrará sola, cautiva de los
negros pensamientos de la gris piedra tum-
bal;
ninguna persona te inquietará en tus horas
de
recogimiento.

Quédate silenciosamente en esa soledad que
no es abandono,—porque los espíritus de los
muertos que existieron antes que tú en la vi-
da,
te alcanzarán y te rodearán en la muerte,—y
la sombra proyectada sobre tu cara obede-
cerá
a su voluntad; por lo tanto, permanece tran-
quilo.

Aunque serena, la noche fruncirá su ceño,
y las estrellas, de lo alto de sus tronos celes-
tes,

no bajarán más sus miradas con un resplandor
parecido al de la esperanza que se concede a los mortales; pero sus órbitas rojas, desprovistas
de todo rayo, serán para tu corazón marchito
como una quemadura, como una fiebre que querrá unirse a ti para siempre.



Ahora, te visitan pensamientos que no ahuyentarás
jamás; ahora surgen ante ti visiones que no se desvanecerán jamás; jamás ellas dejarán
tu espíritu, pero se fijarán como gotas de rocío sobre la hierba.



La brisa,—esa respiración de Dios,—reposa inmóvil, y la bruma que se extiende como una
sombra sobre la colina,—como una sombra

cuyo
velo no se ha desgarrado todavía,—resulta
así
un símbolo y un signo. Como logra perma-
necer
suspendida a los árboles, ese es el misterio
de los misterios!
1827.

LA ROMANZA

¡Oh romanza que gustas cantar, la frente
adormecida y las alas plegadas, entre las
hojas

verdes agitadas a lo lejos sobre algún lago
umbrío, tú has sido para mí un papagayo de
vivos colores, un pájaro muy familiar; tú
me has enseñado a leer mi alfabeto, a balbu-
cear

todas mis primeras palabras, mientras
que, niño de mirada sagaz, me hundía en
huraños
bosques.

En estos últimos tiempos, el eterno Cóndor
de los tiempos ha estremecido de tal modo
mi

cielo hasta en sus alturas, agrandando el
tumulto

producido por el pasaje y la huida de
los años, y tengo tan obstinadamente los ojos

fijos en el inquietante horizonte, que no me
queda tiempo para mis dulces ocios.

EL REINO DE LAS HADAS

Valles oscuros, torrentes umbríos, bosques
nebulosos en los cuales nadie puede descu-
brir

las formas a causa de las lágrimas que gota a
gota se lloran de todas partes! Allá, lunas
desmesuradas

crecen y decrecen, siempre, ahora,
siempre, a cada instante de la noche, cam-
biando

siempre de lugar, y bajo el hálito de sus fa-
ces

pálidas ellas oscurecen el resplandor de las
temblorosas estrellas. Hacia la duodécima
hora del cuadrante nocturno una luna más
nebulosa que las otras,—de una especie que
las

hadas han probado ser la mejor,—desciende
hasta bajo el horizonte y pone su centro so-
bre

la corona de una eminencia de montañas,

mientras

que su vasta circunferencia se esparce en
vestiduras flotantes sobre los caseríos, sobre

las

mismas mansiones distantes, sobre bosques
extraños, sobre la mar, sobre los espíritus

que

danzan, sobre cada cosa adormecida, y los

sepulta

completamente en un laberinto de luz.

Y entonces, ¡cuán profundo es el éxtasis de
ese su sueño! De mañana, ellas se levantan, y

su

velo lunar vuela por los cielos mientras se

agitan

como pálido albatros al soplo de la tempes-

tad

que las sacude como a casi todas las cosas.

Pero cuando las hadas que se han refugiado

bajo esa luna de la que se han servido, por

así

decirlo, como de una tienda, la dejan, no

pueden
jamás volver a encontrar abrigo. Y los áto-
mos
de ese astro se dispersan y se convierten
bien
pronto en una lluvia, de la cual las maripo-
sas
de esta tierra, que buscan en vano los cielos
y vuelven a descender,—¡criaturas jamás
satisfechas!—nos devuelven partículas a ve-
ces
sobre sus alas estremecidas.

1831.

EL LAGO

En la primavera de mi juventud, fué mi destino
no frecuentar de todo el vasto mundo sino
un solo lugar que amaba más que todos los
otros,
tanta era de amable la soledad de su lago
salvaje,
rodeado por negros peñascos y de altos
pinos que dominaban sus alrededores.

Pero cuando la noche tendía su sudario sobre
ese lugar como sobre todas las cosas, y se
agregaba
el místico viento murmurando su melodía,
entonces, ¡oh, entonces se despertaba
siempre en mí el terror por ese lago solitario!

Y sin embargo ese terror no era miedo, sino
una turbación deliciosa, un sentimiento que

ninguna mina de piedras preciosas podría
inspirarme
o convidarme a definir, ni el amor
mismo, aunque ese amor fuera el tuyo.



La muerte reinaba en el seno de esa onda
envenenada, y en su remolino había una
tumba
bien hecha para aquel que pudiera beber en
ella un consuelo a su imaginación taciturna,
para
aquel cuya alma desamparada pudiera
haberse
hecho un Edén de ese lago velado.
1827.

LA ESTRELLA DE LA TARDE

Era en el corazón del verano y en medio de
la noche. Las estrellas marchando en sus
órbitas

brillaban con un pálido resplandor a través
de la luz más viva de la fría luna, mientras
que

ésta, rodeada de los planetas, sus esclavos,
lanzaba desde lo alto de los cielos, sus rayos
sobre las olas.

Yo contemplaba su triste sonrisa, demasiado
fría, demasiado fría para mí. Una nube oscu-
ra

vino a pasar, semejante a un sudario, y fué
entonces que me volví hacia ti, Estrella del
Sur, orgullosa en tu gloria lejana. Y ahora
me será más querida tu luz, porque lo que
me

traes de más magnificente a través del cielo
nocturno, es la alegría de mi corazón, y yo

prefiero
tu discreto y lejano resplandor a esa llama
cercana pero más fría!
1827.

EL DÍA MÁS FELIZ

El día más feliz, la hora más dichosa, los ha
conocido mi corazón agotado y marchito;
pero
siento que ha desaparecido ya mi más alta
esperanza
de orgullo y de poderío.

¿He dicho de poderío? Sí. Pero desde hace
largo tiempo, ¡ay de mí! se han desvanecido
los bellos ensueños de la juventud; han pa-
sado
ya: dejémoslos que se desvanezcan!

Y tú, orgullo, ¿qué haré de ti ahora? Otra
frente puede bien heredar el veneno que me
has dado. Que por lo menos mi espíritu
permanezca
tranquilo.

El día más hermoso, la hora más feliz que
mis
ojos hayan visto y hayan podido ver jamás,
mi más brillante mirada de orgullo y de po-
derío,
todo eso ha existido pero ya no existe; yo
lo siento.



Y si esa esperanza de orgullo y de poderío
me fuera ofrecida ahora acompañada de un
dolor semejante al que experimento, no qui-
siera
revivir esa hora brillante.



Porque bajo su ala llevaba una oscura
mezcla y mientras volaba, dejaba caer una
esencia todopoderosa para consumir un al-
ma que
tan bien la conocía.

1827.

IMITACIÓN

Una ola insondable de invencible orgullo,
un misterio y un sueño, tal debió parecer mi
primera edad. Yo añado que ese sueño esta-

ba

atravesado por un pensamiento huraño,
siempre

despierto, de seres que han existido, y que
mi

espíritu no hubiera apercibido jamás si los
hubiera dejado pasar cerca de mi, bajo mi
ensoñadora

pupila. Que ningún otro, acá abajo,
herede esta visión de mi espíritu, de esos
pensamientos

que a cada instante quisiera dominar
y que se extienden como un hechizo sobre
mi

alma. Porque, al fin, esa brillante esperanza
y ese tiempo liviano se han ido, y mi reposo
terrestre, me ha dejado, él también, con un

suspiro, al pasar. Entre tanto, no me preocu-
po

de que él perezca con un pensamiento que
entonces amaba....!

1827.

LAS CAMPANAS

I

Por el aire se dilata
alegre campanilleo...
Son las campanas de plata
del trineo...

¡Oh, qué mundo de alegría expresa su melodía!

¡Qué retintín de cristal
en el ambiente glacial!
Mientras las luces astrales
que titilan en los cielos
se miran en los cristales
de los hielos,
y sube la nota única
como un ágil rima rúnica
que allá en la noche serena
va dilatando sus ecos por el último confín,
y la campanilla suena
dilín, dilín...
¡Melodiosa y cristalina
suena, suena,

suenas, suenas, suenas, suenas
la nota ágil y argentina
con metálico y alegre y límpido retintín!

II

¡Escuchad! Un dulce coro
puebla la atmósfera toda:
son las campanas de oro
de la boda.

¡Qué mundo de venturanza la plácida nota
lanza

Su voz como una caricia
o como un suave reproche
desgrana en la calma noche
las perlas de su delicia.

Son las áureas notas una fuente de ledos
murmullos

o el enamorado arrullo de la tórtola: la Luna
en la dormida laguna vierte miradas de plata,
y en el éter y en las linfas palpita la serenata...

¡Y cómo en el aire flota
la áurea nota!
¡Cómo brota,
cual dice la dicha ignota,
en el balsámico efluvio de noche primaveral!
¡Y cuán dulce y cuán sonoro,
—din dan, din dan—,
es el coro,
—din dan, din dan—,
de la campana de oro,
que en su lengua musical
celebrando está el misterio de la noche nup-
cial.

III

¡Turba el nocturno sosiego
súbita alarma, y entonces
a gran campana de bronce
toca a fuego!
¡Qué terrífica pavura la siniestra nota augu-
ra!
Es desesperado ruego
desgarrador y tenaz

al rojo elemento ciego
cada instante más frenético, cada instante
más voraz!

En indescriptible pánico
el cataclismo volcánico
con rauda impulso titánico
avanza, la campanada alarido es de terror;
sigue el bronce, sigue el bronce con su cla-
moroso estruendo

diciendo
cuál crece el peligro horrendo,
cuál se inflama
la llama,
y la Luna como forma de sangriento ta-
bernáculo,

alumbra el rojo espectáculo
en su fantástico horror.
Y el bronce alarmante clama,
clama, clama
como se extiende la injuria
del incendio y crece en furia,
y es ya locura el pavor...

Bajo cielos escarlatas se extiende inflamado
manto,
el espanto
en tanto
crece, y sigue la campana de su rebato el
clamor.

¡Y en ese rebato armígero,
—dan dan, dan dan—,
crece el estrago flamígero
—dan dan, dan dan—,
al són violento que dan
las campanas de la torre que tocando a fuego
están!

IV

Dobla y dobla lentamente
negra campana de hierro
que invita con són doliente
al entierro.
¡Qué solemnes pensamientos despiertan
esos acentos!
Del lento y triste sonido

cada toque, cada nota
en el vago viento flota
como doliente gemido,
y de la noche en la calma
el melancólico són,
siente estremecida el alma
cual solemne admonición.

¡Se desprenden esos dobles lúgubres y fune-
rarios

de los altos campanarios
en fúnebre vibración;

en esos dobles alienta algún espíritu irónico
que a cada nota que zumba,
con agrio gesto sardónico
rueda implacable y derrumba
y oprime con todo el peso de la piedra de
una tumba

el humano corazón!

¡Quienes tañen las campanas de los toques
funerales

no son pobres campaneros, no son sencillos
mortales,

son espectros sepulcrales!
¡Y es el Rey de los espectros quien toca con
más tesón!

Pausado, implacable, lento
su toque a cada momento
resuena como un lamento
pregonando la hora única
en extraña rima rúnica,
y parece que sintiera intenso placer diabólico
co

en este toque simbólico
de muerte y desolación.
—Din dan, din don—,
—din dan, din don—,
dobla, dobla el són monótono, dobla el to-
que funeral,
y el Rey espectro su gozo
refina en este sollozo,
en este intenso suspiro
que en su giro
remeda el doble augural
que va recordando al hombre de su existen-

cia el final.

El toque sigue y no cesa
y vibra en el alma opresa
sordamente como un cuerpo que cayera en
una huesa...

—¡Din dan, din don—,
resuena en el corazón,
—din dan, din don—,
de la campana que dobla el lento y lúgubre
són!

ULALUME

I

Los cielos cenicientos y sombríos,
crespas las hojas, lívidas y mustias,
y era una noche del doliente octubre
del tiempo inmemorial entre las brumas,
era en las tristes márgenes del Auber,
el lago tenebroso de aguas mudas,
ante los bosques tétricos del Weir,
la región espectral de la papura.

II

A solas con mi alma, recorría
avenida titánica y oscura
de fúnebres cipreses... con mi alma,
con Psiquis, alma que, al misterio turba...
Era la edad del corazón volcánico
como las llamas del Yanek sulfúreas,
como las lavas del Yanek que brotan
allá del polo en la región nocturna.

III

Pocas palabras nos dijimos, era como una confidencia íntima y muda; palabras serias, pensamientos graves que la memoria para siempre turban; no recordamos que era el triste octubre, que era la noche (¡noche infausta y única!) no recordamos la región del Auber que tanto conoció mi desventura, ni el bosque fantasmático del Weir, la región espectral de la papura.

IV

Y cuando la noche ya avanza
de estrellas al vago tremer,
al fin de la oscura avenida
un lánguido rayo se ve,
fulgor diamantino que anuncia
de fúnebre velo al través,
que emerge de nube fantástica
la Luna, la blanca Astarté.

V

Y yo dije a mi alma: «Más que Diana ardiente, aquella misteriosa Luna rueda al través de un éter de suspiros; lágrimas de su faz una por una caen donde el gusano nunca muere.

Para mostrarnos la celeste ruta y el alma imperio de la paz Letea atrás dejó al león en las alturas, del león las estrellas traspasando, del león a despecho, ora nos busca y sus miradas límpidas y dulces son las miradas que el amor anuncian.»

VI

Mas Psiquis dijo señalando al Cielo: «La palidez de ese astro me conturba; pronto, huyamos de aquí, pronto, es preciso.»

Y de sus alas recogió las plumas con intenso terror, y sollozando, presa de pronto de invencible angustia

plegó las alas, hasta el polvo frío
lentas dejando descender las plumas.

VII

Y yo le dije: «Tu terror es vano,
sigamos esa luz trémula y pura,
que nos bañen sus rayos cristalinos,
sus rayos sibilinos que ya auguran
e irradian la belleza y la esperanza.
Mira: la senda de los cielos busca;
sigamos sin temor sus limpios rayos
que ellos a playa llevarán segura,
sigamos esa luz limpia y tranquila
a través de la bóveda cerúlea.

VIII

Tranquilicé a mi Psiquis, y besándola,
de su mente aparté las inquietudes
y sus zozobras disipé profundas,
y convencerla que siguiera pude.
Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca
llegara! Al fin de la avenida lúgubre

nos detuvo la puerta de una tumba
(¡oh, triste noche del lejano octubre!)
nos detuvo la losa de una tumba,
de legendario monumento fúnebre.
¡Oh, hermana!—dije—¿Qué inscripción con-
fusa
en la sellada losa se descubre?
Respondiome: «Ulalume», esta es su tumba,
¡la tumba de tu pálida Ulalume!

IX

Quedó mi corazón como ese Cielo
ceniciento, como esas hojas mustias,
como esas hojas yertas y crispadas...
¡Ay! pensé: el mismo octubre fué, sin duda
fué en esa misma noche cuando vine
al través del horror y de la bruma
aquí trayendo mi doliente carga...
¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!
¡Oh! ¿Qué infernal espíritu me trajo
a esta región fatal de la tristura?
Bien reconozco el mudo lago de Auber,

y esta comarca que el horror anubla,
y el bosque fantasmático de Weir,
la región espectral de la pavora!

ESTRELLAS FIJAS
(TO HELEN)

I

Te vi un punto;
era una noche de julio, noche tibia y perfu-
mada,
noche diáfana,
de la Luna plena y límpida,
límpida como tu alma,
descendían
sobre el parque adormecido gráciles velos de
plata;
ni una ráfaga
el infinito silencio
y la quietud perturbaban;
en el parque
evaporaban las rosas los perfumes de sus
almas,
para que los recogieras
en aquella noche mágica;
para que tú lo aspiraras su último aliento

exhalaban,
como en una muerte extática;
y era una selva encantada,
y era una noche de ensueños y claridades
fantásticas!

II

¡Toda de blanco vestida,
toda blanca
sobre un banco de violetas
reclinada
te veía,
y a las rosas moribundas y a ti una luz tenue
y diáfana
alumbraba
luz de perla diluida
en un éter de suspiros y de evaporadas
lágrimas!

III

¿Qué hado extraño
(¿fué ventura, fué desgracia?)
me condujo

aquella noche hasta el parque de las rosas
que exhalaban
los suspiros perfumados
de su alma?
Ni una hoja
susurraba;
no se oía
una pisada,
todo mudo,
todo en calma,
todo en sueño
menos tú y yo (¡cuál me agito al unir las dos
palabras!)
menos tú y yo. De repente
todo cambia.
De la Luna la luz límpida, la luz de perla se
apaga,
el perfume de las rosas muere en las dormi-
das auras,
los senderos se oscurecen
expiran las violas castas,
menos tú y yo, todo huye, todo muere, todo

pasa...

¡Todo se apaga y se extingue menos tus
hondas miradas,
tus dos ojos donde arde
tu alma!

Y sólo veo entre sombras aquellos ojos...
¡Oh, amada!

¡Qué tristezas extrahumanas,
qué irreales

leyendas de amor relatan!

¡Qué misteriosos dolores,
qué sublimes esperanzas,
qué mudas renunciaciones

expresan aquellos ojos que en las sombras fi-
jan en mí sus miradas!

IV

¡Noche oscura,
ya Diana

entre turbios nubarrones hundió la faz pla-
teada;
y tú sola

en medio de la avenida
funeraria,
te deslizas

ideal, mística y blanca,
te deslizas y te alejas incorpórea cual fan-
tasma;

sólo flotan tus miradas,
sólo tus ojos perennes,
tus ojos de hondas miradas
fijos quedan!

A través de los espacios y los tiempos mar-
can, marcan
mi sendero, y no me dejan cual me dejó la
esperanza.

¡Van siguiéndome,
siguiéndome
como dos estrellas cándidas,
cual fijas estrellas dobles en el Cielo apareaa-
das!

En la noche
solitaria
purifican con sus rayos y mi corazón abra-

san
y me prosterno ante ellos con adoración
extática;
y en el día
no se ocultan cual se ocultó mi esperanza;
por todas partes me siguen mirándome fija-
mente
en mi espíritu clavadas...
¡Misteriosas y lejanas
me persiguen tus miradas
como dos estrellas fijas, como dos estrellas
tristes,
como dos estrellas blancas!

DREAMLAND

I

En una senda abandonada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
una extraña Deidad la negra Noche
ha erigido su trono solitario;
allí llegué una vez; crucé atrevido
de Thule ignota los contornos vagos
y al Reino entré que extiende sus confines
fuera del Tiempo y fuera del Espacio.

II

Valles sin lindes, mares sin riberas,
cavernas, bosques densos y titánicos,
montañas que a los cielos desafían
y hunden la base en insondables lagos,
en lagos insondables siempre mudos
de misteriosos bordes escarpados,
gélidos lagos, cuyas muertas aguas
un Cielo copian tétrico y extraño.

III

Orillas de esos lagos que reflejan
siempre un Cielo fatídico y huracán
cerca de aquellos bosques gigantescos,
enfrente de esos negros océanos,
al pie de aquellos montes formidables,
de esas cavernas en los hondos antros,
vense a veces fantasmas silenciosos
que pasan a lo lejos sollozando,
fúnebres y dolientes... ¡son aquellos
amigos que por siempre nos dejaron,
caros amigos para siempre idos,
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

IV

Para el alma nutrida de pesares,
para el transido corazón, acaso
es el asilo de la paz suprema,
del reposo y la calma en Eldorado.
Pero el viajero que azorado cruza
la región no contempla sin espantos

que a los mortales ojos sus misterios
perennemente seguirán sellados,
así lo quiere la Deidad sombría
que tiene allí su imperio incontrastado.

V

Por esa senda desolada y triste
que recorren tan sólo ángeles malos,
senda fatal donde la Diosa Noche
ha erigido su trono solitario,
donde la inexplorada, última Thule
esfuma en sombras sus contornos vagos,
con el alma abrumada de pesares,
transido el corazón, he paseado...
¡He paseado en pos de los que huyeron
fuera del Tiempo y fuera del Espacio!

EL CUERVO

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,
sobre más de un raro infolio de olvidados
cronicones
inclinaba soñoliento la cabeza, de repente
a mi puerta oí llamar:
como si alguien, suavemente, se pusiese con
incierta
mano tímida a tocar:
«Es—me dije—una visita que llamando está
a mi puerta:
eso es todo, ¡y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes
del hielo,
y su espectro cada brasa moribunda enviaba
al suelo.

Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura
procurando en vano hallar

tregua a la honda desventura de la muerte
de Leonora,
la radiante, la sin par
virgen pura a quien Leonora las querubes
llaman hora
ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas col-
gaduras
me aterraba, me llenaba de fantásticas pavu-
ras,
de tal modo, que el latido de mi pecho palpi-
tante
procurando dominar,
«es, sin duda, un visitante—repetía con ins-
tancia—
que a mi alcoba quiere entrar;
un tardío visitante a las puertas de mi estan-
cia...
eso es todo, ¡y nada más!»

Paso a paso, fuerza y bríos

fué mi espíritu cobrando:
«Caballero—dije—o dama:
mil perdones os demando;
mas, el caso es que dormía,
y con tanta gentileza
me vinisteis a llamar,
y con tal delicadeza
y tan tímida constancia
os pusisteis a tocar
que no oí»—dije—y las puertas
abrí al punto de mi estancia;
¡sombras sólo y...
nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar
haciendo empeños,
quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjan-
do sueños;
más profundo era el silencio, y la calma no
acusaba
ruido alguno... Resonar
sólo un nombre se escuchaba que en voz ba-

ja a aquella hora
yo me puse a murmurar,
y que el eco repetía como un soplo: ¡Leono-
ra!...

esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en tur-
bulencia

pronto oí llamar de nuevo—esta vez con
más violencia,

«De seguro—dije—es algo que se posa en mi
persiana;

pues, veamos de encontrar

la razón abierta y llana de este caso raro y
serio

y el enigma averiguar.

¡Corazón! Calma un instante y aclaremos el
misterio...

—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y gar-
bo extraño

entró un cuervo majestuoso de la sacra edad

de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de
susto,
con aspecto señorial,
fué a posarse sobre un busto de Minerva que
ornamenta
de mi puerta el cabezal;
sobre el busto que de Palas la figura repre-
senta,
fué y posose—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas
mi tristeza
con su grave, torva y seria decorosa gentile-
za;
y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de
seguro
no eres cuervo nocturnal,
viejo, infausto cuervo oscuro, vagabundo en
la tiniebla...

Dime:—«¿Cuál tu nombre, cuál
en el reino plutoniano de la noche y de la

niebla?...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al ave-
chucho,
si bien su árida respuesta no expresaba poco
o mucho;
pues preciso es convengamos en que nunca
hubo criatura
que lograrse contemplar
ave alguna en la moldura de su puerta enca-
ramada,
ave o bruto reposar
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cince-
lada,
con tal nombre: «¡Nunca más!»

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efi-
gie aquella,
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en
ella
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un

Mas el cuervo, provocando mi alma triste a
la sonrisa
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto,
a la cornisa;
luego, hundiéndome en la seda, fantasía y
fantasía
dime entonces a juntar,
por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso
de un pasado inmemorial,
aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre
y odioso
al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé a questo, investigando frente al cuervo
en honda calma,
cuyos ojos encendidos me abrazaban pecho
y alma.
Esto y más—sobre cojines reclinado—con
anhelo
me empeñaba en descifrar,

sobre el rojo terciopelo do imprimía viva
huella
luminoso mi fanal—
terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá
ella
a oprimir—¡Ah! ¡Nunca más!

Pareciome el aire entonces,
por incógnito incensario
que un querube columpiase
de mi alcoba en el santuario,
perfumado—«Miserable sér—me dije—Dios
te ha oído
y por medio angelical,
tregua, tregua y el olvido del recuerdo de
Leonora
te ha venido hoy a brindar:
¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida
ahora.

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende,

mas profeta al fin, ya seas
ave o diablo—ya te envíe
la tormenta, ya te veas
por los ábregos barrido a esta playa,
desolado
pero intrépido a este hogar
por los males devastado,
dime, dime, te lo imploro:
¿Llegaré jamás a hallar
algún bálsamo o consuelo para el mal que
triste lloro?»
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Oh, profeta—dije—o diablo—Por ese ancho
combo velo
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios
del Cielo
a quien ambos adoramos, dile a esta alma
adolorida,
presa infausta del pesar,
si jamás en otra vida la doncella arrobadora
a mi seno he de estrechar,

la alma virgen a quien llaman los arcángeles
Leonora!»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Esa voz,
oh, cuervo, sea
la señal
de la partida,
grité alzándome:—¡Retorna,
vuelve a tu horrible guarida,
la plutónica ribera de la noche y de la bru-
ma!...

de tu horrenda falsedad
en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El
busto deja!

¡Deja en paz mi soledad!
Quita el pico de mi pecho. De mi umbral tu
forma aleja...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aun el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la
escultura,

sobre el busto que ornamenta de mi puerta
la moldura...
y sus ojos son los ojos de un demonio que,
durmiendo,
las visiones ve del mal;
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arro-
ja, trunca
su ancha sombra funeral,
y mi alma de esa sombra que en el suelo flo-
ta... ¡nunca
se alzaré... nunca jamás!
fin